

*tentiam egeritis omnes simul peribitis?*

Finalmente, San Juan fue grande, pero esta grandeza no le hizo jamás desviarse de los mas profundos sentimientos de la humildad. Oculto siempre baxo del polvo de su sér, y abismado en la nada de su naturaleza, todo quanto le decian para ensalzarle, eran unos efficacísimos estímulos de su verdadera humillacion. Pero nosotros, quanto mas pecadores, tanto somos mas sobervios. Una aparente virtud nos hace orgullosos; una falsa alabanza nos seduce y engría; una ridícula lisonja nos corrompe; y todos quantos pecados abrigamos en nuestro corazón, no son capaces de humillarnos. Mas ya que seamos delinquentes, no seamos sobervios. Aprendamos, Señores, de nuestras mismas culpas à ser humildes. Saquemos, à lo menos, este fruto de nuestra misma miseria. Y si no somos ni grandes, ni inocentes como el Bautista, seamos, como él, humildes y penitentes. Pero sin olvidarnos jamás, de que todas sus glorias fueron acompañadas de rigores; que si la presencia del Hijo de Dios fue causa de su dicha, su ausencia lo fue de su pena; que gozó de placer y de consuelo, mientras que pudo tributarle algun servicio, pero que fue afligidísimo quando contribuyó à su muerte, por obedecer las ordenes de su Eterno Padre. Y así, si queremos imitar à este Santo Precursor, es necesario, que no deseemos otra cosa que el poseer à Jesu-Christo; que la pérdida de este Señor sea nuestro único tormento; y que no tengamos otro gozo que el de servirle; para que habiendo caminado sobre las huellas del Bautista, interin vivimos en la tierra, merezcamos la posesion de aquellas únicas y verdaderas delicias, que él posee, y poseerá por los siglos de los siglos en la gloria. Así sea.

SER-

+++++

## S E R M O N

### DE SAN PEDRO APOSTOL.

*Nimis honorificati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est principatus eorum.*

Psalm. 138. v. 17.

COMO no hay poder igual al del Hijo de Dios, así tampoco hay liberalidad semejante à la suya. Toda la de los Reyes de la tierra, sin embargo de las alabanzas que reciben de la boca de sus vasallos, es una verdadera pobreza; porque además de que se agota con facilidad, y que no resarce sus profusiones sino con injusticias y violencias, no es capaz de dár à sus adoradores otra cosa, que unos vanos títulos, ò unas rentas transitorias. Pero el Hijo de Dios recompensa à sus vasallos con tan extremada bondad, que los hace sentar en su mismo trono, y reynar con él. Por eso el Profeta David, viendo en espíritu las recompensas que están destinadas para los que le sirven, lleno de admiracion exclamaba: O Señor, ¡quán honrados son vuestros amigos, y quán superiores los favores que les hacéis à sus servicios y à sus esperanzas! *Nimis honorificati sunt amici tui Deus.* Mas este oraculo de David, que se verifica en todos los Santos, es muy ventajoso en los Apostoles; porque como estos tuvieron mayor parte en la amistad de Jesu-Christo que los demás Santos, han parti-

Xx 2

ti-

ticipado con mas abundancia de sus liberalidades. Y siendo esto cierto por lo que respeta à los Apostoles, lo fue mucho mas por lo concerniente à San Pedro; pues siendo entre ellos el mas querido, fue por consiguiente el mas recompensado, que es lo que pretendo yo hacerlos ver en este discurso, con tal que la Virgen, que es la que dispensa las gracias de su Hijo, me sea favorable, y no me niegue la intercesion, que la pido por las palabras de Angel:

*AVE MARIA.*

Quando contemplo el procedimiento de los Santos con Jesu-Christo, y el de este Señor con aquellos, me parece estar viendo un combate, en donde los dos partidos animados del zelo y del amor, se esfuerzan à conseguir uno sobre otro la victoria. Los Santos, que todo lo deben al Hijo de Dios, emplean todo lo que son, y lo que poseen en honrarle y en servirle. Ellos se ocultan à sí mismos para manifestarle, e imitando la humildad del Bautista, dicen con él: *Oportet ipsum crescere, me autem minui.* Ellos se desnudan para enriquecerle, y sabiendo que el que no tiene necesidad de cosa alguna en sí mismo, carece de un todo en sus miembros, venden sus bienes, y los distribuyen à los pobres. Ellos se humillan para ensalzarle, y persuadidos de que toda la grandeza del mundo no es mas que una sombra de la suya, quanto mas grandes son delante de los hombres, tanto son mas humildes delante de él. Finalmente, ellos se afligen y castigan para satisfacerle; pues no ignorando que nacieron enemigos suyos, se adelantan à su justicia, y se condenan à unas penas que duran toda la vida. Pero como el Hijo de Dios es mas poderoso

y mas justo que los Santos, les recompensa con usuras todos sus servicios. Manifiesta à los que se habian ocultado à los ojos de todo el mundo; y sacandolos de su soledad los expone al conocimiento de todos los pueblos. Enriquece à los que se habian hecho pobres, y multiplica sus bienes para desempeñar su deuda. Ensalza à los que se habian abatido; y comunicandoles su poder, los constituye primeros Ministros de su Estado. Perdona, en fin, à los que por satisfacerle se habian afligido; y midiendo su amor por su penitencia, no menos admite à su gracia y valimiento à los mortificados que à los inocentes.

Todo esto se hace tan claro en la persona de San Pedro, que basta este solo exemplar para verificar todo lo dicho; porque quando este Santo Apostol, considerando sus miserias y pecados, se humilla, y confiesa que es un pecador, el Hijo de Dios le ensalza à la dignidad de su Predicador, y le dice, que de alli en adelante, mudando de objeto, aunque no de exercicio, en lugar de prender peces con sus redes, prenderà hombres con sus palabras: *Exinde eris homines captiens.* Quando renuncia sus haberes por seguir à su Maestro con menos embarazo, y mas libertad, le ofrece su Magestad, que será un mismo Juez con él; y que sentandose en su trono, juzgarà à los vivos y à los muertos: *Sedebitis super sedes judicantes duodecim tribus Israel.* Quando reconoce y confiesa el eterno nacimiento del Hijo de Dios, le declara su Magestad, que el era la piedra sobre la qual habia de fundar su Iglesia: *Tu es Petrus, & super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.* Quando le dá, finalmente, un testimonio d' seguridad de su amor, no solamente le ofrece el suyo su Magestad,

sino que le encomienda la conducta y gobierno de su Iglesia: *Pasce oves meas*. Y ved aquí las quatro confesiones del Apostol San Pedro, que se siguieron à otros quatro conocimientos, con que yo pretendo recrear vuestra piadosa consideracion en este rato. Y asi, empecemos por la primera, que fue una confesion de humildad.

### PUNTO PRIMERO.

Aunque el hombre es la mas noble de todas las criaturas visibles, es al mismo tiempo la mas humilde por su condicion; y la mas miserable por su pecado. Es la mas humilde, porque consta de un cuerpo, que aun en el estado mismo de la inocencia, padecia sus debilidades, y no podia subsistir sin los frutos de la tierra, sin las influencias del Cielo, y sin la luz y calor del Sol. Es verdad que el Sol tenia orden y obligacion de iluminarle, la tierra de nutrirle, y el Cielo de conservarle: pero siempre era una especie de servidumbre para el Soberano del Universo el depender de sus inferiores, y tener necesidad de sus servicios. Pudo suceder, que habiendose el Angel precipitado por su orgullo, quiso Dios poner à la grandeza del hombre este contrapeso, para evitar su caída. Pero si el cuerpo humilla al hombre, mucho mas le abate su pecado; porque lo mismo fue hacerse delinquente que miserable; lo mismo fue perder la inocencia, que hallarse despojado de todos sus privilegios: porque además de que por lo respectivo al cuerpo fue reducido à una suma indigencia, acosado del hambre y de la sed, acometido de las enfermedades y dolores, y sentenciado à la muerte; por una infelicidad bien estraña ha venido à ser este mismo

mo cuerpo un suplicio continuo de su alma. El se revela contra sus ordenes, y despreciando à esta su Soberana, en pena de haberse ella revelado contra Dios, la trata como si fuera su esclava. Por cuyo motivo, no solamente tiene el hombre guerra en su estado, sino dentro de su misma persona. No solamente es perseguido de sus inferiores ò vasallos, sino de una parte de sí mismo. Ve su autoridad despreciada, su hermosura destruida, y su union alterada. Pero expliquemos mas estas miserias, para sacar de ellas la humildad, aunque sea à nuestras expensas. Dixe, que su autoridad es despreciada, porque no puede el hombre sujetar el cuerpo al espíritu, ni las pasiones à la razon. Su hermosura es destruida, porque perdiendo la gracia, perdió por consiguiente aquella semejanza que tenia con Dios, y que la hacia verdaderamente hermosa. Su union fue alterada, porque las dos partes que la componen, no se pueden mutuamente sufrir; viniendo el hombre à ser de tal modo el teatro de sus combates, que sin el socorro del Cielo, no acertaria à conciliar estos dos enemigos.

Por eso hallo yo que San Pedro, queriendo humillarse delante de su Maestro, que por medio de un prodigio que habia obrado en su presencia le habia dexado como atonito, no halló medios ò motivos mas proporcionados para conseguirlo, que los que le subministraron las qualidades de hombre, y de pecador: *Recede à me*, le dixo, *quia homo peccator sum*. Retiraos de mi, Señor, porque soy hombre, esto es, porque la nada es mi origen, el cuerpo es mi prision, la flaqueza mi mayorazgo, y mi libertad, con haber sido tan gloriosa, será el origen de mi perdicion. Soy pecador, añadió, esto es, el pecado es obra mia, la muerte

muerte mi castigo, y si no me defiende y preserva vuestra gracia, será el infierno mi eterna morada: *Homo peccator sum*. Donde debéis notar con San Ambrosio, que no pide que Jesu-Christo le abandone, sino teme; que la vanidad de verse favorecido de su Magestad no le inche; y desvanezca: *Non rogat ut deseratur, sed ne infletur* (a); para que teniendo siempre presente que es hombre y peccador, se mantenga continuamente humilde delante de Dios. En efecto, Señores, no hay motivo mas eficaz y justo para humillarnos con el Apostol San Pedro, que el referido; porque en el estado à que nos redux la culpa, somos los mas miserables de todas las criaturas, y hallamos dentro y fuera de nosotros innumerables cosas, que muchas veces nos enseñan que no estamos en gracia de Dios. Y así, aprovechemonos de esta misma desgracia, saquemos fruto de nuestra pérdida; seamos humildes, ya que somos miserables; y procuremos como San Pedro encontrar nuestra grandeza en nuestra propia humildad: porque como el Hijo de Dios no dexa virtud alguna sin recompensa, ensalzó al Apostol otro tanto como él se habia abatido. Y así, por quanto confesó que era delinquente, le hizo Predicador, y le dió autoridad sobre todos los demás fieles: *Exinde eris factus capiens; factam vos fieri piscatores hominum*.

No hay, à la verdad, criatura tan difícil de conducir como el hombre; porque como es libre, se opone à todo lo que vá contra su libertad. Sacude todo yugo que se le impone; y aunque le sea ventajoso, no puede sufrirlo, si no le es agradable. Y esto es, à

(a) Ambr. lib. 1. de Virginic.

la verdad, lo que embarazó mucho à los que se quisieron encargar de su conducta. Esto es lo que desesperanzó à los Politicos, à los Filósofos, y à los Oradores. Estas tres clases de personas, pues, tomaron à su cargo la difícil empresa de formar el corazon del hombre, y conducirle; pero por diversos medios. Los Politicos, erigiendose en Señores suyos, y haciendole buscar la felicidad en la vida civil, y hallar su reposo en la pública tranquilidad, le procuraron mover à ello, ò bien con la promesa de los premios, ò bien con la amenaza de los castigos, pretendiendo por medio de la esperanza ò del temor, acercarle à la virtud, ò desviarle del pecado. Los Filósofos se sirvieron de la verdad para reducir al hombre: viendole, pues, que éste era naturalmente amoroso, trataron de descubrirle toda la hermosura de aquella, à fin de infundir en él su deséo y estimacion. Los Oradores no fueron tan sincéros como los Filósofos, y sea que ellos desconfiasen de sus fuerzas, ò que juzgasen que en el hombre corrompido por la culpa no habria amor alguno à la virtud, se valieron de mil artificios para encender en su alma este noble fuego. Pero es preciso confesar, que ni unos ni otros fueron muy felices en sus empresas. No los Reyes; porque oprimiendo la libertad de sus vasallos, con el pretexto de afianzarla mas, solo consiguieron, que estos se revelasen contra sus mismos Soberanos, para desprenderse de la servidumbre. No los Filósofos; porque enseñaron, à la verdad, tantos errores, que hicieron sospechosa la verdad aun à sus mismos discípulos, mezclando con su doctrina tantas fábulas, que los mas juiciosos se burlaron de ella. No finalmente los Oradores; porque juzgando los pueblos que estos tenian el mismo designio que los tyranos,

esto es, que se autorizaban por medio de sus palabras como los otros con sus armas, para emplear su eloquencia en su propio interés, desconfiaron de sus artificios, y no quisieron escuchar à estas sirenas, que encantaban por el oído.

El mundo se hallaba en este infelíz estado, quando emprendió su conquista el Hijo de Dios. Este Señor, pues, despreció todos los referidos caminos de reducir al hombre, ò por inútiles, ò por injustos. Y viendo que los Soberanos habian abusado de su poder; que los Filósofos habian cautivado la verdad; y que los Oradores habian hecho venal la retórica; formó unos nuevos Predicadores, y dándoles una autoridad mas dulce que la de los Reyes, una doctrina mas pura que la de los Filósofos, y una eloquencia mas sencilla y eficaz que la de los Oradores, los envió à conquistar el Universo. El primero à quien comunicó este poder en recompensa de su humildad, fue San Pedro, viniendo à ser éste el primer Predicador, y el primer Apostol de la Iglesia: *Jam eris homines captiens*. Desde ahora serás pescador de hombres; y mudando de destino, harás sobre la tierra mayores conquistas, que hasta aqui has hecho sobre el agua. Tus palabras, ò mas bien las mías, serán las redes; mi Iglesia la nave; y la salvacion de los pecadores será tu presa y tu premio. Acerca de lo qual, dice San Ambrosio, hablando de San Pedro, que este Pescador, buscando su sustento en el mar, halló en él la vida de todo el mundo: *Vide quid piscator iste profecerit, dum in mari lucrum suum querit, vitam invenit omnium* (a). O

(a) Ambr. lib. 3. de Virginit. in fine.

como dice San Agustín, el pescador dexó sus redes, è ilustrado de la gracia, se hizo un divino Predicador: *Dimisit retia piscator, accepit gratiam piscator, & factus est divinus Orator* (a).

Es cosa maravillosa, que unos hombres de tan baxa esfera hayan emprendido y executado un tan gran designio; y que unos pescadores tan mudos como los peces que prendian en sus redes, asistidos de la gracia de Jesu-Christo, hayan domado à los Emperadores, convencido à los Filósofos, y persuadido à los Oradores. Doce eran unicamente, dice San Juan Chrysostomo, y sin embargo, convirtieron à todo el Universo: *Duodecim erant, & per ipsos sibi omnem orbem conciliavit* (b). Eran tímidos, y se han hecho temer de todo el poder del mundo. Eran ignorantes, y han confundido à todos los sabios del siglo: *Et illiterati isti obturaverunt ora Philosophorum*. Mas aunque el Hijo de Dios quiso premiar la humildad de San Pedro, y manifestar de este modo su justicia, quiso juntamente declarar su providencia, y dar à entender à los Reyes, y à todos los Filósofos, que para nada necesitaba su Magestad ni de su poder, ni de su sabiduría. Y à la verdad, como el espíritu humano es tan orgulloso, si el Hijo de Dios hubiera empleado à los Reyes, ò à los Filósofos en sus conquistas; se hubieran persuadido los primeros, que sus armas habrían contribuido no poco à la execucion de sus proyectos; y los segundos hubieran imaginado, que su sabiduría habia sujetado los pueblos al Evangelio. Y así, unicamente empleó à unos ignorantes y flacos pescadores, para convertir à los

Y y 2

Fi-

(a) Aug. de Verb. Domini Serm. 59. (b) Crys. homil. 28. in Génés.

Filósofos y à los Monarcas; pues si estos últimos se pudieron gloriarse de su poder y de su sabiduría, los primeros no se podían gloriarse sino de su gracia: *Potest gloriari de semetipso orator, potest de semetipso Imperator, non potest nisi de Christo piscator* (a). Pero no lo demos todo à la humildad de San Pedro; reservemos alguna cosa para su pobreza, que no fue menos premiada del Hijo de Dios, como veremos en el segundo punto.

## PUNTO SEGUNDO.

Si la pobreza no es tan brillante, es, quando menos, tan meritoria como las demás virtudes. Por ella se dispone el hombre para buscar à Dios, y para hallarle; pues aun en el sentir de un Filósofo profano, solamente los que se desprenden de las riquezas son dignos de Dios: *Nemo dignus Deo, qui opes non contempserit* (b). Por ella se eleva el hombre sobre todo lo caduco, è inspirandole su menosprecio, le hace percibir que solo Dios puede satisfacer sus deseos; y que toda aquella abundancia, que no es infinita, es una verdadera miseria: *Omnis copia, quæ Deus meus non est*, decía Seneca, *egestas est*. En fin, la pobreza es la que le quita al hombre hasta los deseos, que pueden llamarse, fuentes de la codicia, y le obliga à renunciar todas sus esperanzas, para no pretender ni desear otra cosa que el soberano bien.

Quando el hombre llega aqui, puede llamarse perfecto, y digno de gozar de Dios; porque no solo ha dexado lo que poseía, sino lo que podía poseer.

La

(a) Aug. de verbis Apostoli, Sermon. 29. (b) Seneca Epistol. (c)

La razón es; porque estas dos pasiones son tan extensas como el Universo. Nada es capaz de limitar sus deseos; pues como nacen de un corazón mas profundo que los abismos, juzgan que todo lo pueden desear y esperar. Es esto tan cierto, que no hay hombre en este mundo tan miserable, que no se prometa alguna felicidad. No hay cautivo, que no espere su redención. No hay presidario, que no se lisonjee con otra mejor fortuna, ò que no espere que su remo se pueda trocar en cetro. Y así San Gregorio dixo con razón, que es mucho lo que dexa, el que dexa ò renuncia el deseo de tener, ò que dexando las riquezas, renuncia tambien las esperanzas: *Multum reliquit qui desiderium etiam habendi reliquit* (a).

Pues ahora; el primero entre los Apóstoles que hizo profesion de esta encumbrada virtud fue San Pedro, pues fue el primero que pronunció estas palabras: *Ecce nos reliquimus omnia, & sequuti sumus te*. Fue, vuelvo à decir, el primero que con su hermano dexó el barco y las redes, y renunció hasta las esperanzas, por seguir con libertad al Hijo de Dios. Si atendemos à la disposicion de su corazón en esta renuncia, no diremos que dexó una choza, unas pobres redes y un barco, sino que dexó generosamente un magnífico Palacio, una flota la mas completa, y un empleo ò dignidad la mas eminente. Por manera, que siendo su pobreza interminable, tuvo en lo poco que dexó el mismo merito, que si hubiera renunciado un Imperio. El Hijo de Dios lee en las almas, no en las acciones ni en las palabras; y como vá à buscar las intenciones en el fondo de nuestra voluntad,

(a) Greg. homil. 5. in Evang.

tad, quedó tan satisfecho de la renuncia de San Pedro que solamente dexó unas redes, como de San Paulino, que renunció grandes tesoros, reduciéndose à la condicion de los pordioseros; porque si éste dexó mas en el efecto, no dexó mas en la disposición ò en el afecto; y así, en el fondo de su alma era igual la pobreza de los dos; pero con la ventaja, por lo que mira à San Pedro, de que éste fue el primero que rompió la valla, ò abrió el camino, cuyo exemplo han seguido los demás. Añadid à estas consideraciones, que como los Judios tenían tanto horror à la pobreza, como amor à la abundancia, pues estaban persuadidos de que esta era un favor del Cielo, y aquella un castigo, fue necesaria mucha gracia en San Pedro para desprenderse de un antiguo error, por abrazar una verdad tan nueva y tan difícil.

Pero por mas que procuremos ensalzar la pobreza de San Pedro, nos vemos precisados à confesar, que la recompensa la excedió en mucho. Yo creo que el Hijo de Dios para animar à los Christianos à renunciar por amor suyo los bienes terrenos, honró à esta virtud en la persona de San Pedro con dos raros privilegios. Uno fue el de hacer dueño de todo al que todo lo habia dexado en su corazon, poniéndole en posesion de lo que solamente habia renunciado en el afecto; porque, como ya diximos, San Pedro efectivamente solo dexó un barco y unas redes, y el Hijo de Dios le dió un poder absoluto sobre la naturaleza, constituyéndole con mas realidad Dios del mundo, que su Eterno Padre habia constituido à Moysés Dios de Egipto. Hizole, pues, arbitro de todas las cosas; y elevando, à mas de esto, sobre todo lo terreno, le dió imperio sobre la vida y sobre la muerte, sobre las enfermedades y sobre los en-

enfermos; è hizo tan rico à éste pobre, que no hay Monarca en la tierra, que no penda de sus limosnas y liberalidades.

Oigamos à los Padres de la Iglesia explicar estas verdades, y tomemos sus palabras para manifestar los milagros de S. Pedro. Este Apostol, dice S. Agustin, nada reservó para sí; y por consiguiente, quando le pidió limosna en cierto dia un pobre valdado, empezó su arenga con esta confesión: *Aurum & argentum non habeo*. Hermano, por lo que es moneda; soy mas pobre que tú, pues lo dexé todo por mi Maestro. Pero como esté Señor es tan liberal, me dió mas que lo que dexé; pues asociandomé à su Imperio, me hizo Señor de las enfermedades; por cuyo motivo, fiado en su promesa, y obrando en nombre suyo, te doy lo que de él he recibido: *Quod autem habeo hoc tibi do*. Y así, mando que te levantes, y que camines: *Surge, & ambula*. Al punto la naturaleza respetó la palabra de este pobre, y la enfermedad no se atrevió à resistir sus preceptos: *Pauperem expavit infirmitas; parum est quod infirmitatem nominamus: pauperis imperium etiam natura non pertulit* (a). Lo qual supuesto, ¿no es preciso que confesemos, Señores, que la pobreza estuvo bien recompensada en la persona de San Pedro, y que fue grande su placer y su gloria en haberlo dexado todo, por recobrarlo tan dichosamente todo? ¿no es preciso confesar, que vale mas ser esclavo de Jesu-Christo, que ser Monarca del mundo, respecto de que las enfermedades reverencian à los pobres, siendo así que no respetan à los Soberanos?

Mas

(a) Aug. Sermon. 26. de verb. Apost.

Mas aunque San Agustin ensalzó tanto la rica pobreza de San Pedro, no la ilustró menos San Ambrosio por un estilo todo santo y religioso; pues nos enseña, que este Santo renunció todo lo que poseía, unicamente con el fin de poseer con mas perfeccion á Jesu-Christo, y que su Magestad fue toda su herencia y posesion: *Ecce nos reliquimus omnia*. Todo lo hemos dexado, dixo San Pedro al Salvador; como si dixera, dice San Ambrosio, Señor, nosotros no queremos tener posesion alguna en el siglo, ni entrar á la parte con sus hijos, por lo concerniente á riquezas. A Vos unicamente hemos elegido por nuestra posesion; y no queremos otro mayorazgo, ni otras haciendas sino á Vos. Y el Hijo de Dios aceptando estos justos deseos de su Apostol, se dió enteramente á él; y dandole su persona, le dió toda su autoridad y todas sus riquezas. Y reyestido en esta conformidad de su Maestro, ó por mejor decir, transformado en Jesu-Christo, usaba de sus derechos haciendo milagros, y gozaba de sus bienes, curando á los enfermos, y resucitando á los muertos, como poseedor de toda la naturaleza. No tengo oro, ni plata, decia; pero poseo al Hijo de Dios; y asi os doy lo que tengo, dandoo la salud por su poder. Jesu-Christo es mi herencia y mi posesion, y asi como lo poseo todo en él, asi tambien todo lo poseo con él: *Non quæsiuimus quæ sæculi sunt, non quæsiuimus partem de possessionibus, sed te elegimus portionem :: Portio mea Christus, in portione mea dives sum, in portione mea potens sum* (a).

Pero ademas de esta recompensa de la pobreza, que

(a) Ambr. Serm. 8. in Psalm. 118.

que es capaz de dar envidia à todos los Principes del mundo, hay otra que debe infundirles terror; pues ensalza à los pobres sobre sus cabezas, dandoles autoridad de juzgarlos. Y asi, despues que el Apostol hizo profesion de esta virtud ante su Maestro, y tuvo la libertad de preguntarle, con qué favor habia de premiar su Magestad este merito: *Ecce nos reliquimus omnia, quid ergo erit nobis?* El Hijo de Dios abriendo sus labios fecundos en oraculos, y confirmando con juramento la promesa que le iba à hacer, le dixo: que los que habian renunciado todos sus bienes, por dedicarse à su servicio, se sentarian en el dia del juicio sobre unos tronos, y desde alli juzgarian à todas las naciones de la tierra: *Amen dico uobis, quod uos, qui sequuti estis me, sedebitis in regeneratione super sedes duodecim iudicantes duodecim tribus Israël*. De modo, que estos pobres serán Jueces de los Reyes; y estos hombres que dexaron quanto poseían en la tierra, subiendo à un mismo trono con su Maestro, darán sentencia sobre el destino de todos los pueblos del mundo. ¿Qué os parece, Señores? ¿No es preciso confesar, que las promesas del Hijo de Dios sobrepujan à nuestras esperanzas, y que quando San Pedro preguntó con tanta confianza à Jesu-Christo acerca del premio que habian de recibir los que por seguirle se habian hecho pobres, no podia esperar, ni aun imaginar una recompensa tan espantosa como la que le ofreció el Hijo de Dios?

Però declaremos algo mas estas palabras. Descubramos, digo, los mysterios que contienen; y para ensalzar, como es justo, la magnificencia de Jesu-Christo, y la pobreza de San Pedro, veamos lo que su Magestad dió à sus Discipulos, y dará à todos los que lo sigan. Prometióles, dice San Ambrosio, que

se sentarian con él en un mismo trono, para enseñarnos que la pobreza es trabajosa; pues merecen los que la sufren por Dios, que su Magestad los lleve à descansar en el Cielo de lo que han padecido generosamente por él en la tierra: *Secundum consuetudinem nostram illi concessus offertur qui aliquo opere perfecto victor adveniens, honoris gratia promeretur, ut sedeat* (a). Segun nuestros estilos, à los que han finalizado alguna empresa difícil, dice San Ambrosio, ò que vuelven victoriosos de la guerra, se les hace sentar sobre un trono, ò sobre un carro triunfal. Y asi, segun el sentido de las palabras de Jesu-Christo, los pobres serán sentados en el Cielo à manera de unos hombres, que han triunfado en la tierra; y reynarán con él, porque han menospreciado las riquezas por amor suyo.

San Bernardo no se aleja mucho del parecer de San Ambrosio; porque considerando que los pobres pasan su vida entre penas y abatimientos, dice, que el Hijo de Dios les ha preparado el descanso y el honor en el Cielo; pues los hará sentar en un trono para su reposo, y los constituirá Jueces del mundo para su honor y gloria. La pobreza, dice este Santo, trae consigo indispensablemente la confusion y el trabajo. Está expuesta à la persecucion y al menosprecio. Se vé, en fin, obligada à sostenerse por el sudor y por el trabajo. Y asi Jesu-Christo, que es tan liberal como justo, les prepara sillas, y les ofrece un descanso tan tranquilo, y tan durable como el suyo. Mas por quanto han sido tambien menospreciados de la insolencia de los ricos, aumentando su pena por

(a) Amb. Sermon. 60.

la confusion con que injustamente los ha cargado el siglo, el Señor los coronará de gloria, y hará que los mismos tronos que les dan el descanso, les sirvan de esplendor y de lustre: *In exilio nostro*, dice San Bernardo, *duplex est afflictio, humilitatis, & laboris; ideo duplex remuneratio in terra viventium, sublimitatis & quietis; quietis in sede, sublimitatis in iudicio* (a).

Y asi, si era una cosa maravillosa, Señores, ver à San Pedro mandar sobre la naturaleza, desterrar las enfermedades, y usar de un poder absoluto en el estado de su Soberano, ¡qué cosa tan admirable no será ver à un pobre sentado con su Maestro en un mismo trono, dando sentencia à todos los Reyes de la tierra, y juzgando definitivamente no de la fortuna, sino de la salvacion de todos los hombres del mundo! ¡Ah! ¡qué bueno es el dexar todas las cosas por Jesu-Christo, pues halla el que asi lo executa una recompensa tan ventajosa! ¡qué gloriosa cosa es el hacerse pobre por su servicio, respecto de que la miseria y el trabajo, sufridos por su amor, son los grandes, que elevan à sus Discipulos sobre el trono! Pero mirad; como la fé no es menos considerable en su estado, que la pobreza voluntaria; la confesion que hizo San Pedro, no fue menos honrada que su renuncia, como pretendo manifestaros en la continuacion de este discurso.

## PUNTO TERCERO.

Es difícil de juzgar, al parecer, si la fé es mas

Lz 2

ho-

(a) Sermon. in Clamat. &amp; hæc verba: Ecce nos reliquimus omnia.

honorífica, que injuriosa al hombre, considerado como tal; pues por una parte le es à primera vista injuriosa, porque le obliga à desmentir sus sentidos, à vender su razon, à despreciar su entendimiento, y à sacrificar todo su espíritu: *Captivantes intellectum in obsequium fidei*. Mas por otra (yá se vé) le es tan suavemente honorífica, como que le ensalza sobre sí mismo, le comunica la inteligencia de aquello mismo que ciegamente creyó, y le hace participante de la Divina luz; y por consiguiente, resarce, ò recompensa tan abundantemente el sacrificio que hace el hombre de sus escasas luces en obsequio de la fé, que no solamente no le es injuriosa esta virtud, sino que es su gloria, su corona, y su lustre. Pero si en algun hombre produjo la fé, con extraño prodigio, estos admirables efectos, fue sin duda en el Apostol San Pedro; pues vemos que este Santo descubrió claramente, por medio de su fé, la Divinidad de Jesu-Christo bajo el velo de su humanidad; que penetró los secretos de su eterno nacimiento, y las propiedades ò atributos de su persona; que vió, estando en la tierra, lo que registran los Bienaventurados en el Cielo; que entrando en el Seno del Padre como San Juan, pero antes que éste hubiese dicho: *In principio erat Verbum*, profirió aquellas tan eficaces como claras palabras: *Tu es Christus filius Dei vivi*; que descubrió, como dice San Hilario, lo que no habian descubierto los Apostoles: *Apostolica fides tunc primum in Christo naturam Divinitatis agnovit*; y haciendolos participantes de sus luces, los hizo hablar por su boca, sirviendoles en algun modo de interprete, dice San Juan Chrysostomo: *Petrus os Apostolorum*. Y asi Jesu-Christo se vió como obligado à publicar las alabanzas de San Pedro, y hacer el Panegyrico de aquel que

que acababa de hacer el suyo; pues le declaró Bienaventurado en la tierra, en donde los demás se contentan con ser fieles. Le testificó asimismo, que las verdades que habia confesado, no se las habia podido revelar la carne, ni la sangre, sino unicamente su Padre Celestial: *Sed Pater meus qui in Calis est*. Y añadió, que San Pedro habia hablado no como un hombre, sino como un Dios; pues oponiendo y cotejando à Jesu-Christo con los hombres, le ensalzó sobre todos ellos. En lo que nos enseñó, dice San Geronymo, que para decir lo que dixo, fue necesario mudase de condicion y de naturaleza: *Deus judicavit quod hominibus opposuit*. Y asi, se puede decir de San Pedro, à mi parecer, lo que Origenes dixo de San Juan; y por consiguiente, que uno y otro habian entrado en la Divinidad, viniendo à ser en cierto modo Dioses: *Qui in Deum desiccantem intravit, proculdubio desiccatus est*.

Bien que una confesion tan ilustre llevase en su mismo merito la recompensa, y que San Pedro fuese dichoso por haber visto lo que no vieron los Profetas, y publicado lo que los Discipulos mismos del Señor no habian conocido; con todo eso el Hijo de Dios no se contentó con aplaudirle, sino que le ofreció honores que excedian infinitamente à todo quanto puede haber de mas brillante y glorioso sobre la tierra. Le declaró, digo, por Piedra fundamental del Edificio de su Iglesia; asegurandole, que fundaria sobre su persona esta su principal Obra, que duraria hasta el fin de los siglos: *Tu es Petrus, & super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*. Como si quisiera decirle, segun el parecer de San Leon, que deseaba su Magestad, que el mundo aprendiese del mismo nombre que le imponia, que era comun à los dos. La

estrécha amistad que habia entre Pedro y Jesu-Christo: *Ut qualis ipsi cum Christo esset societas, per ipsa appellationum ejus mysteria agnosceretur* (a). O como en otro lugar lo expone el mismo Papa, diciendo, que Jesu-Christo le dió à entender à San Pedro, que aunque su Magestad era la Piedra inviolable, la Piedra angular, que une à los Gentiles con los Judios, la Piedra, en fin, que por su propia virtud y excelencia es de tal modo fundamento de la Iglesia, que nadie tiene poder para poner otro; sin embargo, le hacia tambien à él Piedra del mismo Edificio, consolidada con su virtud, à fin de que sirviese à la Iglesia de apoyo, haciendo comun à los dos por su bondad, lo que era privativo del Señor por su esencia y por su poder: *Cum ego sim inviolabilis Petra, ego lapis angularis, qui facio utraque unum, ego fundamentum pariter, quod nemo potest aliud ponere: tamen tu quoque Petra es, quia mea virtute solidaris, ut que mihi potestate sunt propria, sint tibi mecum participatione communia* (b). Y por quanto los intereses de la Iglesia son inseparables de los de San Pedro, añadió el Señor, que este Edificio de quien le constituía fundamento, sería tan bien cimentado, que no podrían derribarle todas las fuerzas del Inferno. Que en virtud de su fé, triunfaria la Iglesia del poder de todos los Infieles y Libertinos; y defendida por la Roca en que estribaba, disiparia à las insolentes tropas que le habian de acometer con la sucesion de los tiempos.

No parece que la fé de San Pedro, con ser tan ilus-

(a) D. Leo, Sermon. 1. in ejus assumptionis anniversario. (b) Idem Sermon. 3. in eadem assumptionis anniversario.

ilustre, podia esperar mayor recompensa; ni Jesu-Christo, con ser tan liberal, podia al parecer premiarle mas. Y esto no obstante, podemos llamar à este favor, un primer grado, respecto de los otros dos que despues le hizo. Y asi mirad: Despues de haberle asegurado que sería el fundamento de su Iglesia, añadió, que le daría tambien las llaves de su Reyno: *Tibi dabo claves Regni Caelorum*. Que depositaria en su mano la libertad de abrir, y cerrar el Cielo à los hombres; y finalmente, que tratandole con mayor franqueza que aquella con que los Reyes de la tierra tratan à sus Ministros mas queridos, le constituiria Soberano en su Estado: *Tibi dabo claves Regni Caelorum*. ¿Podia, Señores, llegar à mas el amor, el premio, y la liberalidad del Salvador para con su Apostol? Pues mirad; porque no se juzgue, que exagero las palabras del Hijo de Dios, ó que las doy algun sentido incompatible con las intenciones de su Magestad, os propondré aqui lo que en el particular dixeron algunos Padres de la Iglesia, que son sus mas fieles interpretes.

San Leon, que sin duda puede intitularse el Panegyrista del Apostol San Pedro, señaló tres privilegios, con que el Hijo Dios honró à este Santo Apostol. El primero es, la grandeza y autoridad con que premió su fé: *Ut pro soliditate fidei, quam predicaverat, audiret: Tu est Petrus* (a). El segundo es, que este poder y autoridad no se la concedió el Señor para él solo, sino para todos los Apostoles, y para todos sus Successores; pero con la circunstancia de que tuviese entendido todo el mundo, que Pedro

era

(a) D. Leo Sermon. 11. de Passione.

era como el canal ò conducto por donde se comunicaria à los demás: *In Petro ergo divinæ gratiæ ita ordinatur auxilium, ut firmitas quæ per Christum Petro tribuitur, per Petrum Apostolis conferatur* (a). El tercero, y principal es, que San Pedro viene à ser, en algun modo, un 'Sacerdote' eterno como Jesu-Christo, que obra en la Iglesia aun estando en el Cielo; y que usando del poder que le dió su Maestro, gobierna al presente los fieles por medio de aquellos Pastores, que son Vicarios suyos: *Si quid itaque à nobis recte agitur, recteque discernitur, si quid à misericordia Dei quotidianis supplicationibus obtinetur, illius est operum atque meritorum, cujus in sede sua vivit potestas & excellit auctoritas* (b). Si hacemos à ordenamos, dice San Leon, alguna cosa con perfeccion, si el Cielo correspondiendo à nuestras súplicas nos concede algun favor, todo lo conseguimos por las obras y merecimientos de aquel, que con su poder y autoridad está ocupando todavia la Silla, en que nos sentamos sus Vicarios y Sucesores.

Mas porque la exposicion del Papa S. Leon no se haga, por ventura, sospechosa à los Hereges; añadiré la del grande Gregorio; cuya modestia fue igual à su santidad, y cuya sabiduria no fue inferior à las dos referidas virtudes. Este Santo Pontífice, pues, examinando las promesas que Jesu-Christo hizo à San Pedro, confiesa, que aunque este Santo Apostol no quiso tomar el atributo de Obispo Universal, nó por eso dexó de recibir del Hijo de Dios todas las insignias de la autoridad Soberana: porque, por una par-

(a) D. Leo Serm. 1. de Nativit. Apost. (b) D. Leo Ser. 2. in assumptionis anniversario.

parte, tiene las llaves del Reyno de los Cielos; y por otra, se le encargó el gobierno de toda la Iglesia, con facultad absoluta de atar, y desatar à los pecadores en la tierra: *Ecce claves Regni caelestis accipit, potestas ei ligandi ac solvendi tribuitur, cura ei totius Ecclesiæ & principatus committitur, & tamen universalis Apostolus non vocatur* (a). Mas porque no se juzgue, que los Papas defienden su autoridad quando defienden la de San Pedro, añadiremos al precedente testimonio el de San Juan Chrysostomo, y el de San Bernardo.

El primero, que puede intitularse el mas eloquente de los Padres, nunca, al parecer, lo fue mas que quando hizo el elogio de San Pedro; porque como si hubiera sido ilustrado con la fé del mismo Apostol, para registrar todas sus grandezas, manifestó algunas, que sin el cuidado de este Santo Padre hubieran permanecido incognitas. Fue Pedro, dice, la cabeza de todos los Apostoles, fue entre todos ellos á quien se le dió el primer trono ò la primera Silla, á quien ofreció el Señor la suma autoridad, y una grandeza inefable ò incomprehensible, quando le dixo: *à tí te daré las llaves del Reyno de los Cielos: Hic est vertex omnium Apostolorum, huic primus thronus, huic summa potestas, & magnitudo ineffabilis promittitur, dum illi dicitur, tibi dabo claves Regni Cælorum* (b). Pero reparad, añade ingeniosamente el mismo Santo, que el Hijo de Dios le confirma por sí mismo, y con la mayor expresion en su creencia ò en su fé, por medio de las promesas que le hace; porque à la verdad, solamente un Dios pudiera ofrecer à sus Discipulos un

Tom. II.

Aaa

Im-

(a) Greg. lib. 4. Epist. 31. (b) Chrysost. homil. 35. in Matth.

Imperio, que no puede ser destruido, aunque le acometan, y se conjuren contra él todas las fuerzas de la tierra y del Infierno: *Et portæ inferi non prævalent adversus eam*. Era asimismo necesario, que el Hijo de Dios fuese en todo igual al Padre, para dar à sus Apostoles el poder de perdonar los pecados, y confirmar à San Pedro en la verdad de su fé: *Animadvertit quo pacto ad altiorum de se opinionem Petrum adducit, & seipsum bis duabus pollicitationibus filium Dei ostendit* (a). Mas decidme: ¿no fue bien premiada la confesion de San Pedro respecto de que Jesu-Christo estableció un nuevo Tribunal, de quien le hizo soberano dispensador, dandole por medio de una gracia no concedida hasta entonces à hombre alguno; el poder de atar, ò desatar à los pecadores, segun lo juzgase conveniente? *Quodcumque solveris super terram, erit solutum & in Cælis*? Si por cierto; y este es el pensamiento de San Bernardo. San Pedro, dice este Santo, recibió con tan particular encargo las llaves del Reyno de los Cielos, que su sentencia precedia à la de Jesu-Christo; y todo quanto él dispone en la tierra, es confirmado en el Cielo: *Claves Regni Cælorum tam singulariter accepit, ut præcedat sententia Petri sententiam Cæli* (b).

Son los Reyes imagenes de Dios, y tienen la autoridad de este Señor entre sus manos; pero los Apostoles y Sucesores la poseen con mejor título, y reynan con imperio más absoluto en el estado de su Maestro. La razon es; porque los Reyes solamente tienen poder sobre los cuerpos, y si ganan alguna vez las voluntades de sus vasallos, este es efecto de su bondad,

(a) Idem ibid. (b) Bernard, Ser. 1. in festo SS. Petri & Pauli.

dad, no de su poder. Pero San Pedro reyna sobre las almas de los fieles, prescribe leyes à su libertad, cautiva sus espiritus; y les obliga à creer lo que les propone, aunque ellos no lo comprehendan. Los Reyes dispensan à sus Sudditos innumerables beneficios, y libertan, si les agrada, à los criminales de la prison y del patibulo; pero esta gracia no es perfecta, porque no justifica al que perdona: le exime de la pena, pero no le extrahe de la culpa. Mas los Apostoles y sus Sucesores sacan al pecador, no del calabozo, sino del Infierno; no de las manos de un verdugo, sino de las garras del Demonio. En fin, los Reyes en la distribucion de las penas, y de las gracias, se inclinan regularmente mas al rigor que à la clemencia; porque en sus estados no hay Juez subalterno, que no tenga poder para afligir y castigar. En todos los pueblos hay Soberanos que pueden condenar à muerte; pero las gracias tienen sus reservas, que son peculiares del Monarca, y aun residen en algunos Tribunales, à quienes el Principe autoriza para estos fines, subdelegando en ellos su autoridad. Mas en el estado de Jesu-Christo todos los Ministros pueden absolver y perdonar; y como su Tribunal tiene mas de su misericordia que de justicia, no pueden reusar la gracia, quando el delinquente la pide con un arrepentimiento verdadero.

Pues ahora, el primero que recibió esta divina autoridad fue San Pedro; y éste la comunicó à toda la Iglesia. San Pedro, vuelvo à decir, fue honrado con la potestad referida, luego que manifestó su creencia al Hijo de Dios; y por consiguiente, aquel supremo poder que éste Señor le concedió, fue el premio ò recompensa de su fé: *Quodcumque solveris super terram, erit solutum & in Cælis*. Parece, Señores,

res, que ni el amor de San Pedro podía llegar à mas, ni la liberalidad de Jesu-Christo explicarse con mayor profusion para premiàrle. Sin embargo, os voy por ultimo à manifestar, que una liberalidad infinita es inagotable.

## PUNTO CUARTO.

Nadie ignora, que el amor es la perfeccion del Christiano; porque este es el que encierra en sí todas las virtudes, el que cumple todos los preceptos de la Ley; y el que doma las pasiones, subordinando à la voluntad de Dios el hombre por entero: *Honorat sanè qui borret, qui stupet, qui metuit, qui miratur: vacant bæc omnia penès amantem. Amor sibi abundat; amor ubi venerit, cæteros in se traducit affectus* (a). No hay duda, dice San Bernardo, que honra à Dios el que le teme, el que le respeta, el que le admira. Pero todas estas cosas (añade) están como por demás en el amante; porque el amor se basta à sí mismo; y en llegandose à apoderar de un corazon, echa fuera todas las referidas pasiones; ò por decirlo mejor, convierte en sí mismo todos sus efectos. Y así, entre todas las confesiones de San Pedro, la mas illustre fue la del amor. Esta, sin duda, excedió à todas, y aun las convirtió en sí propia; por cuyo motivo haria yo completamente su Panegyrico, diciendo con el Chrysologo, que San Pedro era, entre todos los Apostoles, el amante mas tierno y apasionado de Jesu-Christo: *Veemens Christi amator Petrus*. En innumerables ocasiones dió pruebas de este amor

ex-

(a) Bernard. Serm. 8. Super Cant.

extraordinario. Todas sus palabras, y todas sus acciones son imagenes de su amor. Zeloso del honor y gloria de su Maestro, no podía conformarse con que se hubiese de obscurecer sobre la Cruz. Y así, deseó que reynase sobre el Tabor: *Domine bonum est nos bic esse*; en lo que atendió no à su propia conveniencia, sino al interés de su Magestad. Le ofreció, en fin, acompañarle en todos los peligros, y exponer su vida por servirle y defenderle. Es verdad que esta promesa no tuvo efecto, porque el temor resfrió al amor; pero resarcíó despues esta falta ventajosamente, quando preguntandole el Hijo de Dios, si le amaba mas que todos los demás Discipulos, le respondió con tanto zelo como humildad: bien sabeis vos, Señor, que os amo: *Scis, Domine, quia amo te*.

Y así, jamás hubo confesion, ni mas gloriosa, ni mas verídica que ésta. No mas gloriosa; porque el amor, que fue el que la hizo salir de su boca, es la mas illustre de las virtudes Christianas. No mas verídica; pues Jesu-Christo que leía el corazon de Pedro, fue Juez de lo que decia; y no solamente la aprobó, sino que la recompensó al punto con su misma respuesta, como habeis ya oido. Mas aqui es donde ya me siento agoviado con la grandeza de mi objeto, sin saber con qué palabras pueda explicar los generosos pensamientos de nuestro Apostol. Por cuyo motivo, para no deslucir con mis expresiones su portentoso merito, pediré prestadas las suyas à los Padres de la Iglesia, para manifestar con sus razones el motivo que tuvo el Hijo de Dios, para asegurarse por tres veces del amor de su Discipulo Pedro.

La primera es de San Bernardo, quien nos enseña, que el amor para ser perfecto, debe ser extrema-

do,

do, y que no debe tener limites como las demás virtudes; porque siendo su objeto infinitamente amable, desea que sus amantes le amen infinitamente: *Modus amandi Deum sine modo*; y así, que quando Jesu-Christo le repite à San Pedro este mandamiento por tres veces, es lo mismo que si quisiera infundir en su espíritu las principales condiciones del amor: *Ama dulciter, ama prudenter, ama fortiter* (a).

La segunda es de San Agustin, quien en muchos lugares de sus Obras, dice, que el Hijo de Dios quiso dar à su Discipulo ocasion de reparar su falta; y así, que le preguntó por tres veces si le amaba, para que con sus tres respuestas pudiese borrar las tres blasfemas negaciones, que habia cometido en la casa de Caifás: *Ut trina confessione amoris deleter trinam negationem timoris* (b). Y añade, que no era justo, que la lengua de este Apostol sirviese menos al amor que al temor: *Ut trinae negationi redderetur trina confessio, ne minus amori lingua serviret quam timori*.

La tercera es tambien de San Bernardo, quien reparó juiciosamente, que el Hijo de Dios quiso formar un Pastor en la persona de San Pedro; y para enseñarle su obligacion, le hizo tres veces la referida pregunta; dándole à entender, que debía amarle mas que à sus bienes, mas que à sus parientes, y mas que à sí mismo: *Amas me plusquam tua? amas me plusquam tuos? amas me plusquam te?* Y en efecto el buen Pastor debe imitar el amor de Jesu-Christo; debe tener las mismas disposiciones; debe exponer la vida por sus ovejas; y todo lo debe sufrir por

(a) Bern. Sermon. de diligendo Deo. (b) Aug. Sermon. 49. de verbis Domini.

defenderlas, ayudado ò fortalecido de la caridad. San Pedro, pues, ofreció generosamente todas estas cosas à Jesu-Christo, y las cumplió con la mayor fidelidad. Dexó, digo, sus bienes por seguirle; dexó à todos sus parientes por ir à predicar el Evangelio; y finalmente, perdió la vida por establecer la Iglesia. ¿Pudo darse confesion mas gloriosa y verdadera? ¿No es preciso confesar que amó infinito à su Maestro, pues sacrificó por su amor, quanto en el mundo habia de mas amable? Sí por cierto.

Pero tambien es preciso confesar, que fue bien recompensado este amor; porque el Hijo de Dios le puso en posesion de quanto le habia prometido, constituyéndole Vicario suyo, y Cabeza de toda su Iglesia; y por consiguiente, premiando su amor ò caridad, aun mas que su fé. Porque si bien se mira, aunque las grandes promesas del Señor fueron hechas à Pedro en virtud de su fé; como la fé no es mas que la flor (digamoslo así) de la virtud, su Magestad no hizo otra cosa, que llenar sus esperanzas, alimentando aquella misma fé con la flor del placer, que es la oferta: *Edificabo Ecclesiam meam, tibi dado claves*. Mas para recompensar su amor, mudó las promesas en efectos; puso à San Pedro en posesion de todas las grandezas ofrecidas; y hablando con palabras del presente, le dice, apacienta mis ovejas, y mis cordeños: *Pasce oves meas, Pasce agnos meos*; haciendo-nos ver su Magestad en este hecho, quanto prefieren los amantes à los que son puros fieles! Y así, tened por cierto, que entonces fue quando Jesu-Christo franqueó al amor de San Pedro todo quanto en otra ocasion habia ofrecido à su humildad, à su pobreza, y à su fé. Entonces fue quando le hizo Predicador, y quando le enseñó el modo y los medios para cazar à

los hombres en sus redes. Entónces fue quando le hizo sentar en su mismo trono, y le constituyó Juez de los vivos y de los muertos. Entónces fue quando fundó sobre él su Iglesia, y le aseguró que todo el poder del infierno no sería capaz de trastornarla. Y finalmente, entónces fue quando le dió las llaves del Reyno de los Cielos; quando le constituyó Padre y Cabeza de todos los Fieles; quando poniendo efectivamente en las manos del Apostol toda su autoridad, le hizo un Subdelegado, ò Vicario suyo en la tierra: *Pasce oves meas*. Pero, aun quando el Hijo de Dios nada le hubiera ni ofrecido ni dado, ¿qué mayor recompensa podia desear Pedro, que la de hallarse animado de un amor tan excesivo como el que tenia à su Maestro? ¡Ah! El amor, dice Platon, no tiene mas Ley, ni quiere otra recompensa que à sí mismo: *Amor sibi lex est. Amor sibi merces*. Y así San Pedro fue dichosísimo en su mismo amor. De modo, que yo habria dicho quanto de él puede decirse, con decir unicamente, que amó con toda la posible perfeccion à Jesu-Christo: *Veemens Christi amor*. Con todo eso, no llegará à ser perfecto su Panegyrico, si nosotros no imitamos sus virtudes; porque el mayor honor que los Santos esperan de nosotros es su imitacion. San Pedro, pues, fue humilde; San Pedro confesó que era hombre y pecador. *Recede à me, quia homo peccator sum*. Seamos, Señores, humildes como él, respecto de que tenemos las mismas qualides y defectos que él, siendo como somos mortales y pecadores. Seamos, vuelvo à decir, humildes en nuestras miserias, pues lo fue San Pedro aun en sus mayores glorias; sin que la preferencia sobre todos los Apostoles le haya hecho perder la humildad; pues como advirtió admirablemente San Gregorio, sufrió benignamente que

San

San Pablo se opusiese en cierta ocasion à su dictamen, y que reprobase abiertamente su conducta; y lo que es mas prodigioso, que aplaudiese el humildísimo S. Pedro, como efectivamente aplaudió las Epistolas de S. Pablo, siendo así que este Apostol se glorió, de algun modo en ellas, de haber resistido ò reprehendido à San Pedro, y aun de haberle condenado delante de los demás. *Pensat in quo mentis vertice stetit, qui illas Epistolas laudat, in quibus scriptum se vituperabilem invenit* (a).

Admirad, Señores, la prodigiosa humildad de su espíritu, que sufre ser reprehendido por un Apostol que es inferior à él: que se olvida en esta ocasion de que mucho antes que San Pablo habia sido llamado al Apostolado: *Non ad memoriam revocat quod primus in Apostolatam vocatus est* (b); de que habia recibido las llaves del Reyno de Jesu-Christo; de que tenia potestad para absolver, y condenar à los pecadores; de que habia andado sobre las aguas como su Maestro; de que habia sanado à los enfermos unicamente con su sombra; y que con sola su amenaza habia quitado la vida à los mentirosos, y con sola su palabra habia resucitado à los muertos: *Non quod in mare pedibus ambulabit, non quod egros corporis sui umbra curavit, non quod mentientes verbo occidit, non quod mortuos oratione suscitavit*. Y finalmente, por no despreciar los cargos ò reprehensiones que le hacia un inferior suyo, olvidó que era el Principe de los Apostoles: *Omnia dona, que acceperat, quasi à memoria repulit ut unum fortiter humilitatis domum teneret*. Confesadme, Señores, que si nosotros hubie-

Tom. II.

Bbb

ra-

(a) Greg. Mag. lib. 2. in Ezech. homil. 18. (b) Idem. ibid.

ramos hecho el menor de sus milagros, no seríamos capaces de sufrir la menor de estas reprehensiones; pues sin tener ni el poder, ni el merito de San Pedro, nos irritamos siempre que alguno nos reprehende, ò se opone à nuestro modo de pensar: *Nihil enim signi fecimus, & si quis nos fortassè reprehenderit, statim intumescimus* (a). Pero prosigamos.

Este grande Apostol ha sido fiel; creyó firmemente lo que no comprehendia; y confesó que Jesu-Christo era Hijo de Dios vivo. Creamos, pues, nosotros como él, si queremos reynar con él. Conforme mos nuestra creencia con la suya; y abracemos constantemente la fé de San Pedro, que es la fé de la Iglesia Universal. Fue juntamente pobre por profesion, sin embargo de que lo era tambien por su nacimiento. Todo lo renunció, digo, por seguir à Jesu-Christo, haberes, descos y esperanzas; enseñandonos à dexar la tierra por conseguir el Cielo. Y así, seamos pobres como él; y si no tenemos suficiente virtud para dexar las cosas que nos son necesarias, dexemos por lo menos las superfluas; y acordandonos de que si el desprenderse de los bienes en el efecto es un consejo, el desprenderse de ellos en el espíritu es un precepto rigorosísimo, de que no pueden dispensarse los Christianos.

En fin, San Pedro amó extremadamente à Jesu-Christo. No olvidó cosa alguna en que pudiese manifestarle su amor; y despues que sus palabras sirvieron de fieles interpretes à su corazon; los torrentes de lagrimas, y los rios de sangre que salieron de sus ojos, y de sus venas, confirmaron aliamente

tes-

(a) Idem ibid.

testimonio que habia dado su boca. Si. Lloraba amargamente siempre que el éco del Gallo reprehendia su debilidad. Lloraba sin intermision un pecado que habia yá confesado publicamente. Lloraba un pecado que estaba yá absuelto por su mismo Maestro. Lloraba, en fin, un pecado que su amor, y su pena habian ya extinguido. Amemos, Señores, à imitacion de San Pedro. Certifiquemos de nuestro amor à Jesu-Christo por nuestras palabras, y por nuestras obras, aplicando la lengua y las manos al exercicio de esta excelente virtud. Y si por desgracia hubiesemos, como San Pedro, negado alguna vez à Jesu-Christo, ò bien con el corazon, ò bien con la boca, lloremos como él toda nuestra vida este pecado. No demos treguas à unas lagrimas tan justas; para que si no llegamos à merecer el atributo de amantes, consigamos à lo menos la qualidad de Penitentes. Mas hay! ¡quán distantes nos hallamos de las santas disposiciones de este Apostol! El negó, à la verdad, por tres veces à su Maestro; pero no dexó de llorar en toda la vida este pecado. Mas nosotros le negamos todos los dias, y no lloramos jamás. *Semel negavit, semper flevit, & nos semper negamus, & nunquam flemus*, dice el gran Padre San Agustín. Sí Señores, todos los dias negamos al Hijo de Dios, testificando con nuestras culpas, que ni le conocemos, ni le amamos: *Toties negamus, quoties peccamus*. Pues si hemos imitado à San Pedro en su debilidad, imitemosle en su penitencia, derramemos tantas lagrimas que puedan borrar nuestras culpas, para que alcanzandonos en este mundo la inestimable qualidad de la gracia, nos introduzcan en el otro à reynar con Jesu-Christo, por los siglos de los siglos en la Gloria. Así sea.